

La precisión de la ciencia contra la profundidad de la filosofía.

Milton Valtierra.

En algún momento, me encontré un chiste donde se habla de que la ciencia describe al amor como un conjunto de reacciones bioquímicas, con lo cual me quedé pensando, sobre todo después de haber estudiado filosofía, que esa descripción sobre el amor puede ser correcta, pero es una explicación algo pobre.

Particularmente con respecto al sentimiento de amar a alguien, lo que me parece más importante es cómo nos afecta en el día a día; si intentamos desarrollarlo o no, cómo mantener la relación sana, etc. La cosa es que la ciencia realmente no trata ese aspecto porque ya no tiene que ver con el amor en sí, sino con el qué podemos o no hacer con este. Ese punto es justamente el que la filosofía sí trabaja, y aunque también puede hacer descripciones precisas de cosas, esa descripción sigue atada más a la relación de qué hace especial al amor, como es el caso que tratamos, con respecto a las demás cosas.

Así, después de estudiar filosofía, me di cuenta de que las ciencias son extraordinariamente precisas para analizar un objeto o fenómeno en cuanto a sí mismo, como determinar las partes que conforman lo que se analiza o calcular todos sus movimientos posibles, a cambio de que no trabajan tanto la interrelación de estos entes con todo lo demás, que es justamente donde la filosofía sí.

Encontré, entonces, que la ciencia es un poco ingenua, aunque no por eso incorrecta y, de hecho, bastante práctica cuando realiza su trabajo; mientras que la filosofía es profunda, a cambio de parecer inútil porque no trata objetos como tal, sino su relación con lo demás.